

17 pueblos recuperan 211 cadáveres

Legionarios fusilados por falangistas

Por ROBERTO MENDILUCE

Hallar datos de un muerto o un fusilado durante la Guerra Civil es tarea de gigantes. De miles de desaparecidos no hay ni rastro. Por ejemplo, 600 navarros, aragoneses y riojanos que integraron la Bandera de la Legión Sanjurjo fueron eliminados por los falangistas en Zaragoza. Sus familiares, sobre todo los navarros de 17 pueblos, acudieron ahora hasta el cementerio de Torrero, donde la excavadora sólo les devolvió los restos de 211 cadáveres. Un anillo, un mechero, una medalla, cualquier detalle rescatado quizás se transforme en una pensión. Es la mínima justicia posible. A través del relato de un sobreviviente, INTERVIU logró actualizar aquel pasado de horror.

Seiscientos navarros, aragoneses y riojanos fueron fusilados en Zaragoza. Componían la Bandera de la Legión Sanjurjo. INTERVIU ha querido aportar luz a este hecho para que los trámites oficiales que se están llevando a cabo sean más fluidos, y las viudas puedan tener acceso a la simbólica cifra que el Gobierno ha estipulado. Para algunos será el único medio de subsistencia.

El frente más belicoso y sanguinario de la guerra civil estaba ubicado, a finales de agosto, en las provincias de Zaragoza y Huesca. Zuera, Almúdevar, Leñina y Alcubierre eran pueblos donde las fuerzas de choque republicanas y nacionales libraban violentos combates. La bandera de la Legión Valenzuela, mandada por el comandante Peñarredonda, y nutrida de africanos, sufrió numerosas bajas. El día 30 de agosto de 1936 las emisoras locales hacían público el siguiente comunicado: «Los que



os encontréis nutriendo las filas del Ejército, los paisanos que por amor a la Patria estéis dispuestos a los mayores sacrificios, los que soñéis con una España grande y próspera, podéis ingresar, desde hoy, en la Segunda Bandera de la Legión General Sanjurjo (Palafox), cuya creación se inicia ante el gran número de los que solicitan formar parte de sus filas, acudiendo al banderín de enganche que se establece en el Castillo de la Aljafería, Cuartel del Regimiento de Infantería Aragón, nº 17.

Flores rojas en el cementerio de Torrero. Ni el asesinato ni el ocultamiento han impedido que vuelvan a brotar.

Lo único que queda de ellos: un cráneo acribillado, un anillo, un mechero, algún rastro. Y también la esperanza, quizás...

traía con el tren le dijo a un alférrez de Requetés que subió a nuestro vagón: «Mira qué gentecica llevo a la Legión». Vimos la lista que le enseñó y se leía: «Fulano de tal, peligroso, revolucionario, rojo, etc. etc., y no sé cuántas cosas más». Con este «expediente vinimos a la Legión».

El 17 de septiembre un diario local publicaba una amplia entrevista con los jefes de la Bandera Palafox «...manda el comandante Amado Lóriga tres compañías de fusiles y una de metralleras, además de los consiguientes servicios auxiliares o sea un total de setecientos hombres. Con él comparten las tareas de organización los capitanes Arazuri y Santandreu, los tenientes Salvo y López y los alfereces Beltrán y Viñuales». El comentarista explica así los ejercicios de los nuevos legionarios: «Explanadas de San Gregorio, con sus barracones y puntos de acceso que recuerdan perfectamente el Dar Riffien marroquí. Allí hemos visto los "bisoños" de la Bandera Palafox adiestrarse concienzudamente para iniciar sus coqueterías con esa perfida y trágica "novia" que, a diario, pone a buena prueba el temperamento temerario y audaz de sus pretendientes. Aragoneses, navarros y riojanos, en un apretado haz de patriotas y valientes, han acudido a engrosar las filas de la Bandera Palafox para acudir en apoyo de los que luchan por la Santa Causa de España...»

Más adelante añade: «Nuestra llegada, mediada la tarde, sorprende un poco a estos "pretendientes de la muerte" que casi llegados a la vida militar,

apenas han tenido tiempo y ocasión de cambiar sus atavíos campestres por el evocador ropaje de la Legión.»

Al día 27 de septiembre, «los legionarios de Palafox prestaron juramento de fidelidad a España, ante todas las autoridades militares y civiles en la explanada de San Gregorio. Por la tarde desfilaron por las calles de la ciudad entrando por el puente de Piedra, calle San Jaime I, plaza de la Constitución, Independencia, Al-



Esta Segunda Bandera que lleva por nombre el del ilustre general aragonés, acepta en sus filas al mecánico, al carpintero, al aristócrata, al perteneciente a la clase media, a todos, sin más limitación en lo físico que es condición precisa ser de constitución robusta, y en lo moral que sobre todos los sentimientos y pasiones esté el amor a la Patria. Alistaos pronto, la Legión os espera. ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Viva la Legión!»

Al día siguiente, 1 de septiembre, era creada la Segunda Bandera de la Legión «General Sanjurjo». Este mismo día, la prensa local publicaba el siguiente recuadro: «ESPAÑOLES-

ARAGONESES. Apresuraos a alistarse en la Segunda Bandera de la Legión General Sanjurjo; las gestas gloriosas de la antigua Legión serán continuadas por los que formen la Legión Aragonesa, donde encontraréis cubiertas vuestras necesidades por un haber de cinco pesetas.

Los hombres sin miedo deben acudir pronto al banderín de enganche; no queremos pobres de espíritu; los apocados estorban; no se muere más que una vez; los que caen por la Patria viven eternamente en la historia.»

Pero ese 1 de septiembre, en muchos pueblos de Navarra y Aragón, las cosas iban por otros derroteros. Felipe Marín, único

superviviente de la Bandera Sanjurjo que escapó del perdón cuando las balas ya silaban, cuenta para INTERVIU su historia, la historia de 700 aragoneses y navarros que formaron la 2.ª Bandera de la Legión Sanjurjo.

El día 1 de septiembre de 1936 nos llamaron al centro de Falange del pueblo y nos dijeron estas palabras: «Mirad, aquí os estamos matando cada día a unos cuantos y, para evitar esto hemos pensado que os marchéis a la Bandera de la Legión "Sanjurjo" que se forma en Zaragoza.» Fuimos apuntados cuarenta y dos. Nos trajeron a Zaragoza, pero cuando pasamos por Castejón, el que nos

fonso I y plaza del Pilar. El desfile fue una gran manifestación de entusiasmo».

—Sí, estuvimos en San Gregorio —explica Felipe Marín a INTERVIU— un mes como soldados legionarios. El día uno de octubre la Bandera Palafox fue a Almudévar. Nos dijeron (rumores de los soldados) que íbamos a tomar Leciñena. Dormimos en una granja que llamaban «del Gobierno». A la mañana siguiente, sin atacar, nos subieron, otra vez a los camiones y regresamos a San Gregorio. El día 2 de octubre comenzaban los fusilamiento.

Felipe Marín no sabe qué ocurrió aquel día. Las versiones son variadas. Unos apuntan a que hubo un intento de desertión por una gran mayoría de los que formaban la Bandera; otra versión es que este intento de pasarse a los republicanos fue detectado por los servicios secretos gracias a un chivatazo del corneta.

—A las nueve de la mañana de ese día 2 —sigue explicando Felipe Marín— nos dijeron: «A formar sin armas». Pasamos a unas



«Mi hijo tenía una dentadura preciosa». Pero sólo ha hallado un cráneo, con el tiro de gracia.

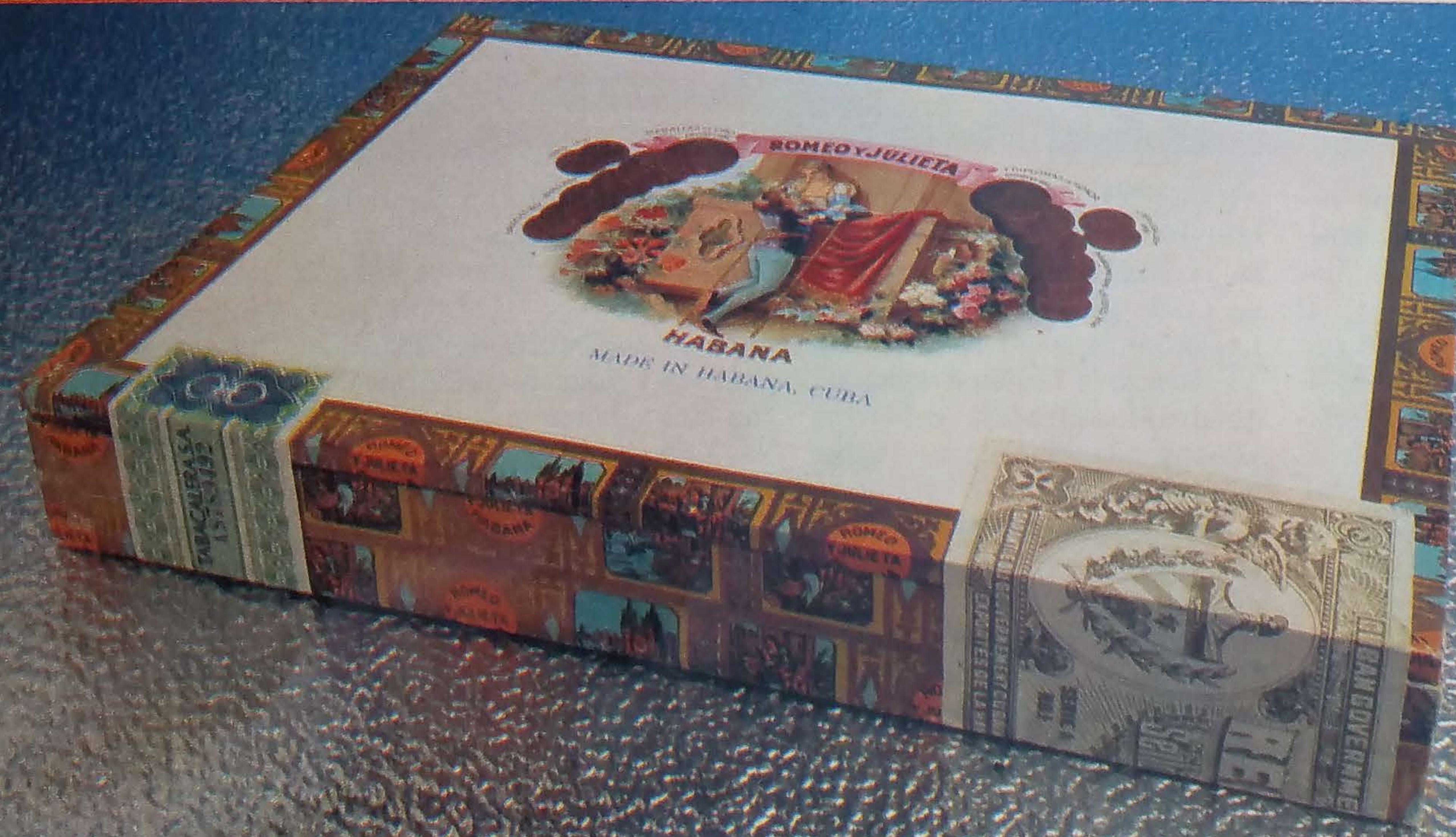
naves de la Academia, acuertelados, y alrededor de las 12 del mediodía entró un legionario de los que habían venido de África. Con un cuchillo y una bandera de la Falange, en la puerta, dijo: «Venga, veinte tíos fuera». Claro,

veías aquello... ¿quién iba a salir? El africano pinchó a varios compañeros hasta que consiguió sacar a veinte. Fueron otros legionario, de los de África, que te cortaba las hombreras de la camisa, que es dónde llevábamos la insignia

nia de la Legión, te arrancaba las medallas y otros objetos. Desde allí nos llevaban a la parte posterior de la Academia, a unos 100 metros. Te ponían en fila y te mataban.

Me tocó el tercer grupo. En el segundo había muerto mi hermano. Cuando nos estaban colocando en fila le dije a Eustaquio García, amigo del pueblo: «Ven aquí que moriremos juntos». Nos pusimos juntos. Cuando venían las balas por el camino, así puedo contar, el que mandaba el pelotón era tan pequeño como yo y ya bajaba la mano para dar la señal; entonces... eché a correr. Morir los diecinueve compañeros y yo escapar fue cuestión de décimas de segundo. Durante más de dos kilómetros (la cuesta que hay en la Academia era toda rasa, sin un solo árbol) no pude esconderme. Me tirarían... ¡qué sé yo! doscientos mil tiros; pero pasaban por todos los sitios menos por donde iba mi cuerpo. Oía silbar las balas. No me cazaron. Bajé a la vega del río Gállego y ya no me vieron. Era octubre. Los maices habían crecido mucho. Me escondí entre

Puros Habanos



Así de sencillo: El regalo para los fumadores.

ellos. Atravesé la vía férrea que va desde Zaragoza a Huesca y, segundos después, se detiene una máquina de tren abarrotada de falangistas. Al parecer habían hablado desde la Academia con la estación y salió un pelotón a buscarme. Vi cómo se dispersaban por la vía (estaba escondido entre los maices) y oí: «Tiene que pasar por aquí». Pero ya había pasado.

Me metí en un cauce de agua que riega la vega del Gállego. Las laderas eran tan altas que no podía subir. Agua abajo pude llegar a una tajadera de regadio. Crucé el Gállego como pude. Los falangistas, al parecer, sabían que tenía que cruzar la carretera de Perdiguera. La había hecho, minutos antes, cuando se detuvo un camión, me vieron y dispararon. Era al atardecer y pude escabullirme entre los montes de Zuera. A la mañana siguiente iba por un barranco, a las 11 horas, y me echaron el alto. ¡Otra vez los falangistas! Me cogieron. En la declaración no sabía qué decirles y les conté una historia tan mala que... con los ojos vendados me llevaron a Villamayor. Expliqué el mismo cuento a un señor que no veía. Les dije a los falangistas: «Bahhh, sacadlo por ahí...» Me llevaron hasta una peña que hay en el pueblo y... «Ya has visto lo que ha dicho el coronel. Si dices la verdad aún te puedes librar; de lo contrario... vas a morir». No vi otra escapatoria y conte la verdad. «Me he escapado del perdón».

Otra vez ante el coronel. Ya me habló de otra forma. Vió que iba descalzo y casi desnudo (me quité la ropa para cruzar el río Gállego) y dijo: «Al menos dadle unas alpargatas». Las del médico. No había otras. Inmediatamente me enviaron a la Academia.

Allí, en Capitanía, fui llevado en presencia del capitán Arazur que era el de mi compañía. La Bandera había realizado un supuesto táctico, yo había sido el primero en subir y bajar una cota, me había dado cinco pesetas de premio después de felicitarme y de eso él me conocía. Cuando me vio, dijo: «Hombre, Marín, sabía que se había escapado uno, pero no que eras tú. No te preocunes que no te va a pasar nada».

Estuve un mes en el calabozo de la Academia. Los fusilamientos duraron nueve días. Todas las mañanas escuchaba lo que dos días antes había evitado escapando. Exclamaciones, gritos cuando sacaban a los compañeros a fusilar: ¡Ay mi padre, mi madre! Sonaba la descarga. Siempre alrededor del mediodía.

La prensa jamás volvió a hablar de la 2.ª Bandera de la Legión Sanjurjo, la de Palafox. Ni

Al día siguiente se convocabía una misa en la Basílica del Pilar «por el eterno descanso de las almas de los jefes, oficiales y soldados legionarios en campaña».

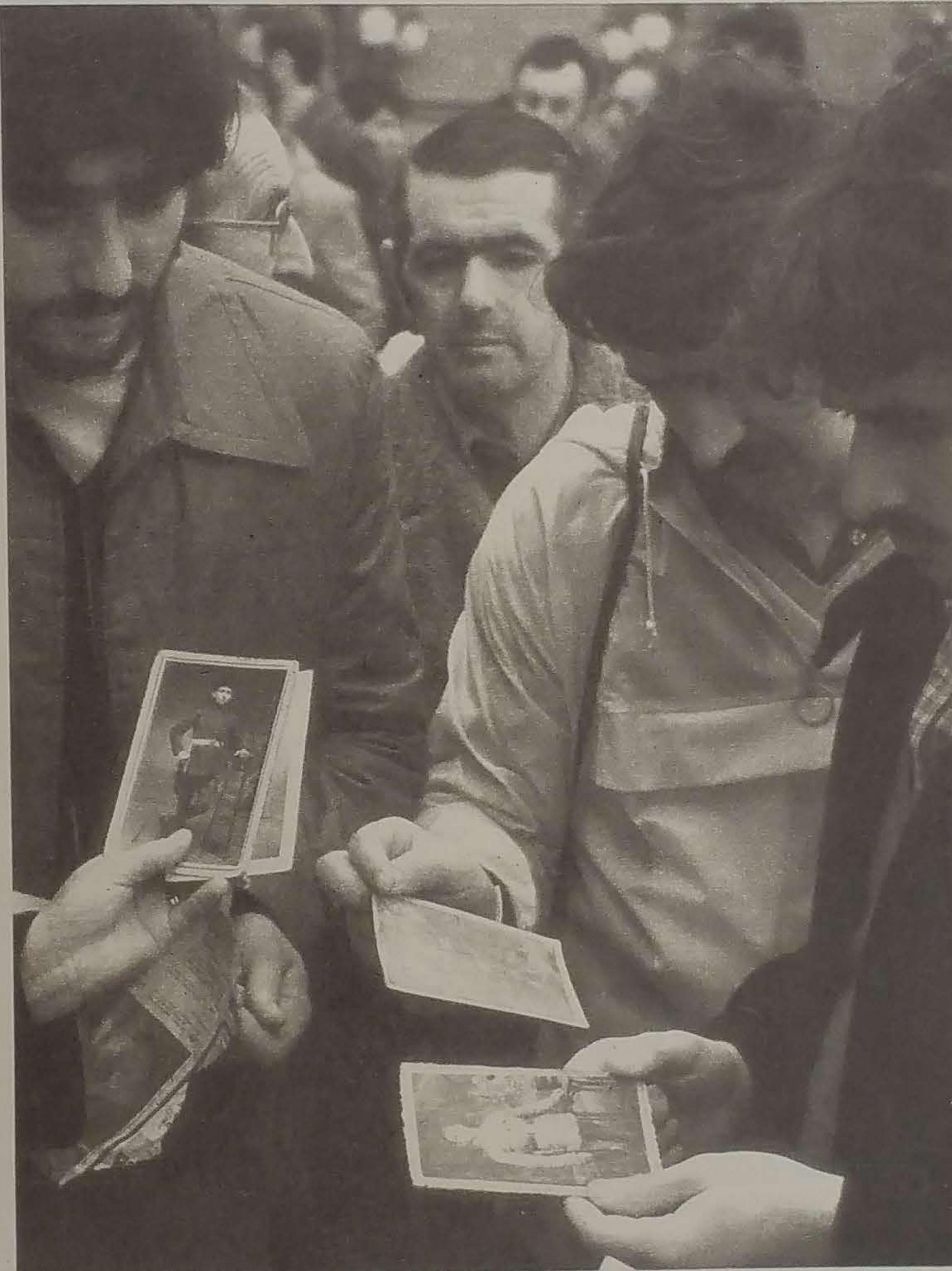
Felipe Marín, único superviviente, junto con los cien legionarios que componían la sección de servicios que no fueron fusilados, recibió un mes después la visita del brigada legionario Zarza: «Marín, venga con nosotros». Ese día aún comí allí...

portó bastante bien. Le conté el caso y dijo quitándole importancia: «Nada, esto hay que olvidarlo. La guerra es la guerra; y de ahora en adelante serás un buen falangista...»

Me llevaron a Castillejos. Un mes después ya tenía destino: cubrir bajas en la sierra de Alcubierre. Salimos dos camiones. Uno dio la voltereta en la plaza de Aragón. De los 22 que viajábamos, 18 resultamos heridos. En el hospital, tres días después, dos falangistas que ocupaban las camas de mi derecha e izquierda, comentaban el fusilamiento. Uno de ellos decía: «Se nos escapó un sujeto que era muy bajo. ¡No he visto tío que corriese más!. Le disparamos mil veces y no lo tocamos». Yo estaba callado, sin rechistar. ¡Quién les decía a aquellos dos que el fugado era yo!.

Repuesto de las heridas me enviaron definitivamente a la sierra de Alcubierre. Había una balsa de agua, para lavarse, entre los dos frentes. La leyenda era que allí los «rojillos» cogían mucha gente, que tuviésemos cuidado. Pensé: ¡A ver si me cogen! Y así fue. Estuve trece meses con la Brigada de Miaja en Madrid. Los falangistas me cazaron, nuevamente, en Peraleda (Badajoz). Me llevaron a Mérida y, desde allí, al Picadero donde estábamos 5.000 hombres en un palmo de terreno. Fui trasladado a Pamplona. En la cárcel me encontré con mi otro hermano que estaba en cocina. Dos meses después, a mediados de 1937, el juez me dice que si no tengo dos avalistas del pueblo, con los informes del alcalde no saldré nunca del talego. Le digo: «Pero, ¡hombre!, cómo no los voy a tener. ¡Usted cree que nos han matado por malos?... pues no lo sé ni yo». Tuve avalistas, y la víspera de San José me fui a casa. Tres meses más tarde, la Caja de Reclutas me llama y me envían 15 meses a Bilbao para hacer la «mili». ¡Después de todo lo que había pasado!.

Hace falta, también, que muchas viudas puedan cobrar, antes de morir, una ligera pensión. La guerra no es culpa de los que la hacen.



Entre los restos, estas viejas fotografías. Testimonios de parentesco, de antiguos amores, de olvidados recuerdos...

una referencia. Tan sólo el día 6 de octubre este suceso: «Los legionarios Gregorio Rada y José Cabrezos al subir a uno de los tranvías para incorporarse al campamento de San Gregorio, fueron invitados por un paisano para que desertaran, pero lejos de atenderle lo detuvieron, presentándolo en la comisaría de Vigilancia. Felicitamos a los citados legionarios por su patriótico comportamiento.»

con los que no habían sido fusilados. Por la tarde recibí instrucciones: «Mira, Marín, tú ya no puedes ser nunca un buen legionario porque te han matado al hermano y tú has pasado muy malos días... Hemos decidido pasarte a la Falange». (Yo, pensé, ¡otra vez con la Falange!, pero no había otro remedio). Entonces, el teniente López de Cariñena me entregó al teniente coronel Urrutia que mandaba la Falange en Aragón. Se